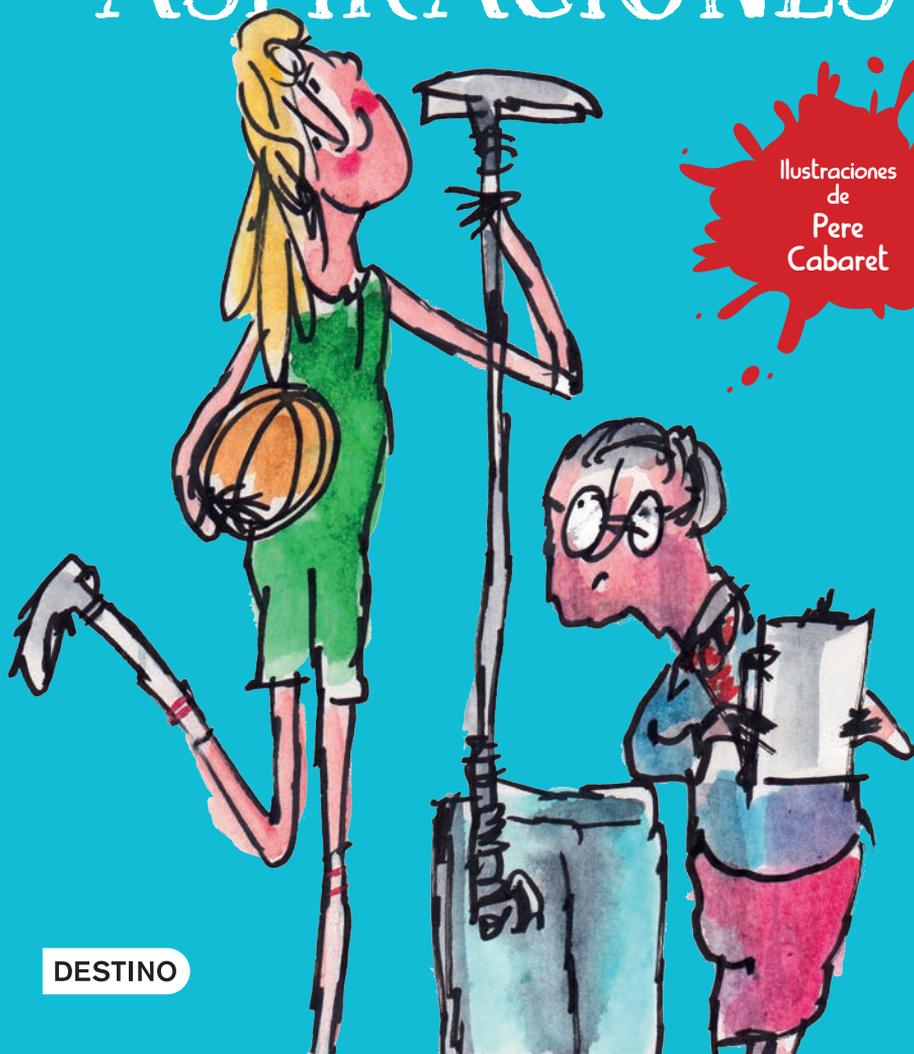


Charlie Feelwood

Escuela Trunchem presenta...

ALTAS ASPIRACIONES

Ilustraciones
de
Pere
Cabaret



DESTINO

ALTAS ASPIRACIONES

Charlie Feelwood

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Marc Rosich, 2015

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pere Cabaret, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2015

ISBN: 978-84-08-14144-0

Depósito legal: B. 20.811-2015

Fotocomposición: Infillibres

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. Empecemos por el principio	9
2. Pros y contras de ser alta	29
3. Como un jarro de agua fría	48
4. Un equipo en <i>shock</i>	68
5. Un día movidito en el taller de Renata .	84
6. La nueva maniobra de Dusty revienta .	99
7. Una historia foto a foto	120
8. Patri Fashion al habla	132
9. Un ratito de <i>zapping</i>	147
10. Una conexión en directo	162
11. En la guarida de Scan	198

12. Un plan entre bolas de billar	240
13. Caras conocidas	269
14. En la garita de Claus	288
15. Un despacho muy concurrido	304
16. Un trastero muy estrecho	368
17. Babuchas	407

Empecemos por el principio

Lector, atiende bien. Ante todo, tengo que darte un aviso: si fueses cuerdo dejarías de lado este libro.

Sí, lo has oído bien. Perdón, lo has leído bien.

Y si es necesario, te lo repito palabra por palabra: si fueses prudente, dejarías de lado este libro. Incluso, por si no te ha quedado claro, te lo puedo repetir en mayúsculas y entre signos de admiración. Ahí va.

**¡SI FUESES PRUDENTE,
DEJARÍAS DE LADO ESTE LIBRO!**

Lo cerrarías de golpe. Y lo devolverías a su lugar. Al estante más alto de la polvorienta biblioteca de escuela de donde lo has sacado. Lo volverías a meter en su rincón escondido, detrás de tres capas de aburridas novelas históricas, entre los volúmenes más gruesos de la enciclopedia ilustrada *Técnica y Vida Moderna*, y de los diccionarios anotados de *Nueva Ciencia y Viejos Oficios*.

Eso, si fueras prudente.

Si fueras sensato, ni siquiera te hubieses atrevido a abrir las páginas de este libro. Tras una sencilla mirada de reojo, lo hubieses agarrado con un par de dedos y una mueca de asco, como si fuera el bicho más raro y peligroso jamás visto, y lo hubieses lanzado al mar. Hubieses agarrado la bicicleta, hubieses ido a toda pastilla hasta la playa, y una vez allí, hubieses buscado la roca más alta, el precipicio más encumbrado, para así lanzarlo a las aguas más profundas. Y así habrías aportado tu granito de arena para salvar a la humanidad del tremendísimo peligro que supone un libro.

Eso, si fueras sensato.

Si fueras precavido, hubieses hecho oídos sordos a la llamada de los personajes que viven entre sus hojas. Hubieses ignorado sus voces chiquitas y agudas, esos gritos de súplica que siempre se oyen cuando abres un libro y te toman por sorpresa si estás desprevenido. ¿No los has oído nunca? No puedo creerlo. Todos los hemos oído alguna vez, ahí, reclamando nuestra atención para que leamos sus historias y así, valga la redundancia, demos vida a sus vidas. Y si hubieras pasado de todos ellos, como sería lo más lógico, te habrías salvado de caer en ese remolino de palabras y tinta, y ahogarte entre capítulos y párrafos, mayúsculas y negritas.

Eso, si fueras precavido.

Pero, por lo que se ve, tú no eres prudente. Ni sensato. Ni tampoco precavido. Todos estos rollos de andar con cuidado no te pegan ni con cola, y has hecho caso omiso a las advertencias. Has pasado totalmente de ellas. De hecho, se trata de lo contra-

rio: todo lo que huela a aventura te hace abrir los ojos como platos, arquear las cejas en señal de expectativa y salivar copiosamente, como ante un pastel de chocolate de cuatro pisos coronado con fresas y nata. De manera que aquí estás, con el libro abierto entre las manos. Aquí estás, deseando seguir. Aquí estás, con el dedo levantado, a punto a puntito de atacar la esquinita de la hoja para pasar a la página siguiente.

¡NO LA PASES!
¡NO PASES LA PÁGINA!

Vale, pues ya está, la has pasado.

Y ahora que ya lo has hecho, solo me queda advertirte de que ya no hay marcha atrás. Ahora empezarás a conocer los nombres de nuestra protagonista y de todos sus amigos (y también los de sus no taaaaan amigos), y una vez te hayas lanzado de cabeza en ese remolino, ya no habrá remedio. Esta-

rás perdido. Para siempre jamás. Te habrás dejado arrastrar por las historias narradas en estas páginas hasta sentirte parte implicada en sus aventuras (incluida la heroica proeza de salvar al mundo entero, e incluso al universo, de su destrucción masiva en manos del más malvado entre los malvados y su ejército de máquinas diabólicas). Y entonces a ti sí que no habrá quien te salve. Una vez hayas sentido el hormigueo del riesgo en propia piel, ya no habrá solución posible. Todos te tacharán de caso perdido. Y al cerrar el libro, tras la palabra FIN, así en mayúsculas, querrás más. Y más. Y máaaas. Mucho más. Más tinta y más aventura. Y tus padres querrán poner remedio y cura, contactarán con terapeutas, pedagogos y pitonisas, pero ya será demasiado tarde. El mal ya estará hecho. No habrá rehabilitación posible.

Yo ya te lo he dicho. Luego no digas que no te había avisado. Luego no quiero que nadie me venga con reclamaciones.

Y ahora, una vez hecha la advertencia, puedo dejar de hablar como un libro de magia lleno de conjuros. Así que... empecemos por el principio. Y no hay mejor comienzo que poner nombre a nuestra protagonista. Sí, la que debe salvar al mundo entero —y como decía más arriba, incluso al universo— del más grande de los peligros que jamás haya amenazado a la humanidad.

Ella se llama Romina, pero todos suelen llamarla Ro. Así, tal como suena: una erre y una o, que, sumadas, dan Ro. Unos dicen que la llaman así, con el nombre más cortito, porque suena más potente y directo. Otros, los más gandules, ni siquiera saben que le achican el nombre solo por la pereza de pronunciar más sílabas de la cuenta. Pero si queréis saber la verdad verdadera, todos la llamaban Ro porque ese era el nombre que lucía en el dorso de la camiseta oficial del equipo femenino de baloncesto de la escuela Trunchem. Y este era el grito:

¡RO! ¡RO! ¡RO! ¡RO! ¡RO!

Decía que este era el grito con el que la animaban los seguidores que llenaban cada fin de semana la cancha.

¡RO! ¡RO! ¡RO! ¡RO! ¡RO!

Seguro que alguien pensará que Romina, o incluso Ro, no sea el nombre más indicado para la heroína de esta aventura, pero debo decirte que todos podemos tener nuestro lado de grandes héroes, nuestro punto aventurero, a pesar del nombre y de la estatura.

¿Por qué digo lo de la estatura? Pues muy sencillo, porque si Ro tenía algo que la destacara del resto y la hiciera sobresalir, eso era su extraordinaria altura. Sorprendentemente, ese nombre tan escueto y cortito tenía como propietaria a la chica más alta. Y en ese sentido, una imagen es mejor que mil palabras. Aquí tenéis a Romina en una foto de gru-

po con sus compañeros de clase en la escuela Trunchem.



¿Es alta o no es alta? No. No lo es. Ro no es solo «alta». Ro es extraordinariamente alta. Y lo que a primera vista podría parecer una gran virtud, había días que a ella no le hacía ni la más mínima gracia. Ni una pizca. ¿Por qué?, os preguntaréis. Pues por la misma razón que en el caso de los superhéroes se dice

—Pero ¡hija, qué manera de bostezar! —le soltó a modo de buenos días—. ¿Y qué significa esa cara de malas pulgas?

—Ya lo sabes, mamá —respondió Ro, limpiándose unas lagañas tan grandes que parecían elefantes—. No puedo dormir. ¡Llevo meses así! ¡Me sobresalen los pies de la cama y se me quedan congelados! ¿Cómo quieres que duerma así? Se me quedan los pies como cubitos.



—¿Y por qué no te los tapas con la mantita? Lo lógico sería eso. ¿Por qué no pruebas ese método?

—dijo su madre agarrando al vuelo las dos tostadas que habían salido disparadas tras un clic eléctrico—. Así podrás conciliar el sueño.

—No sirve para nada, mamá. ¿No lo ves? Si tiro la manta hacia abajo para enfundarme los pies, entonces me enfrió de cintura para arriba. No querrás que agarre un buen catarro...

—Los catarros empiezan por los pies. ¿No lo sabías? Prefiero que te tapes con la manta de cintura para abajo.



—Mamá, hace medio año sí que me llegaba la manta para taparme los pies. Entonces solo sobresalían medio palmo. Pero ¡ahora ya asoman palmo y medio!

—Es que, hija, menudo estirón has pegado —dijo por encima del sonido eléctrico del exprimidor.

—¡No puedo seguir así, mamá! Luego dirás que no voy bien en la escuela. Que no rindo, que no saco buenas notas ni nada... pero todo es porque duermo mal.

—Aquí el problema, Romi, es que en ninguna tienda de muebles hemos podido encontrar camas de tu talla —dijo Renata tirando las mondas de naranja a la basura—. Ya sabes, Romi..., con las zapatillas de deporte nunca hemos tenido problemas... Incluso con la ropa, Romi, que podemos hacértela a medida... Pero, Romi, lo de encontrar una cama tamaño **XXXXXXXXXL** ya es más difícil. ¿No te das cuenta, Romi, hija?

—No me llames Romi, mamá. O me llamas

Romina, con todas las sílabas en su sitio, o me llamas Ro. Pero nada de medias tintas. Aunque, la verdad, yo prefiero que me llames Ro, como todo el mundo.

—Ay, hija, no sé... Ro es un nombre muy corto para una hija tan laaaaarga como tú —dijo su madre llenando dos vasos de zumo de naranja recién exprimida.

—Mira que si no me llamas Ro, yo, en lugar de llamarte mamá o Renata, te volveré a llamar Reni. ¿Quieres que te vuelva a llamar Reni?

—Eso nunca, Ro. ¡Eso nunca! Dejémoslo así, Ro. —Y se bebió de un tirón la naranjada, como si quisiera olvidar de un trago la última vez que alguien la llamó Reni. Y sobre todo, alguien en particular.

Ante todo, Romina estaba harta de despertarse cada mañana con los pies congelados como témpanos. ¡Los dedos de los pies tardaban horas en despertar de la congelación! A la hora del recreo toda-

vía no habían vuelto en sí, y eso que normalmente se pasaba la mañana entera intentando reanimarlos de todas las maneras posibles e imaginables:

- A primera hora, golpeando el suelo con los pies en mitad de la clase de ciencias naturales, ante la sorpresa de la seña Clara Filia.



- A segunda hora, quitándose las zapatillas a media lección de mates y frotando calcetín contra calcetín para asombro del profesor Sumo Baranda.



- Tras el patio, a tercera hora, desnudándolos bajo el calorcito del sol que entraba en el aula a media mañana, e incluso sacándolos por una de las ventanas, ante el pasmo de todos los que pasaban por debajo de camino a las aulas.

Pero ninguno de esos métodos funcionaba: al salir de clase, una vez llegada la hora de comer, to-

davía no sentía los pies como si fuesen suyos. Los sentía como si fueran los de otra persona. Y esa era una sensación nada agradable. Incluso siniestra. Algo inquietante. A pesar de tantos penosos intentos, al final de la jornada escolar, sus miembros inferiores no habían vuelto en sí, y Romina ni tan solo había notado un triste hormigueo que le diera la esperanza de una mínima reanimación. Lo único que conseguía devolver la vida a esos pies era una cosa: cuando, cada tarde, ya en horas extraescolares, Romina se ataba las zapatillas altas de básquet para el entrenamiento diario con el equipo femenino de baloncesto de la escuela Trunchem. Entonces sus pies recobraban la energía. ¡Incluso parecía que tuviesen alas! No hay que decir que ese era para Romina el mejor momento del día. Y no solo porque sentía vidilla en los pies, sino porque jugar a básquet era lo que la hacía sentir viva de verdad. ¡Eso sí que le daba vidilla!



—¿Sabes qué haremos, Ro? —le dijo Renata enfundándose el mono azul que utilizaba en el taller de reparación.

—¿Quéééééé hareéééééemos, mamáááááá? —respondió Romina, arrastrando las vocales con resignación, mientras lavaba los platos del desayuno.

—Te haré unas babuchitas de lana, mulliditas, muy calentitas... para que así duermas con los pies como un horno, así, bien bien bien horneaditos, como una barrita de pan acabadita de salir del

fuego. Tan horneaditos que estarán para comérselos. ¿Qué me dices?

—Mamá, no quiero unas babuchitas... Estaré ridícula. Además, mamá, tú ya tienes suficiente lío en el taller...

—Bueno... por eso no será... Cada día hay menos trabajo, cada vez llegan menos aspiradoras a reparar. —Y como para desviar el tema, porque la madre no quería que eso preocupara a su hija, añadió peinándose el moño—: ¿Sabes? Sobre todo te las tejeré larguitas, casi calcetineras, para que te lleguen muy por encima del tobillo... y así paramos un poco el golpe del frío.



—Esto de ser alta, mamá, es un buen engorro... ¡un rollo de cuidado! —resopló la niña desde sus alturas a modo de conclusión.

—Romi, ¿sabes qué?...

—Di, Reeceeni, di —cortó a su madre con claro retintín.

—Huy, perdón, Ro... ¿Sabes qué debes hacer? Todavía tienes media horita antes de ir a la escuela, ¿verdad? Pues la utilizas para hacer una lista de los pros y los contras de ser tan alta. Y ya verás que al lado de las cosas que te agobian, hay mil cosas de las que puedes disfrutar con tu altura.

Y dicho esto, salió corriendo como un dibujo animado, dejando una estela dibujada a sus espaldas. ¡Salió tan acelerada que incluso el moño pareció despegársele de la cabeza! Debía ir a abrir el taller, y con tanta conversación llegaba tarde.

Su madre había levantado el negocio siendo muy joven, y rápidamente se había convertido en el punto de referencia de la ciudad en lo que a re-

paración de aspiradoras se refería. Ahí iban a parar todas las aspiradoras de la ciudad necesitadas de alguna chapuza o arreglo. Se reparaban desde máquinas atragantadas por exceso de pelusa hasta cachivaches cortocircuitados por algún que otro cable repelado. Pero la actividad del taller hacía años que empezaba a ir de capa caída, y las razones de ese descenso en la actividad —Renata lo sabía muy bien y su hija pronto lo empezaría a suponer— no eran en absoluto trigo limpio.